

# **No todas las Prisiones tienen Paredes**

Armando Aceituno M.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por cualquier medio sin el permiso expreso de la Editorial. Para consultas, escribir a [owinsein@yahoo.com](mailto:owinsein@yahoo.com).

\* Dr. Kosh es únicamente nombre artístico (seudónimo) y no implica grado académico alguno.

Copyright 2016 Owinsein Education - Octava Edición

All rights reserved. No part of this book may be reproduced in any form or by any means, electronic or mechanical, including photocopying, or by any system of information, storage or retrieval without written permission from the author or the publishing house. If you have questions or comments regarding this material, write to [owinsein@yahoo.com](mailto:owinsein@yahoo.com).

## CONTENIDO

Del Autor	3
Introducción	6
¡Libre!	8
Prisionero de la Violencia	16
Crueldad con Animales	18
La Pornografía	25
La Superstición	32
Ladrón entre ladrones	37
El Resentimiento	47
La Arrogancia	58
La Mentira	65
Mis queridos amigos	68
La Prisión Principal	72
Liberación	77
No Estás Sol@	83

## Del Autor

Armando es un personaje tan único como todos.

“ Nació en 1960 en un pueblo costero de Honduras, Centro América.

“ Estudió primaria en Guatemala, luego Secundaria y Bachillerato en Estados Unidos

“ Es políglota autodidacta.

“ Ha conducido más de 800 conferencias y talleres motivacionales

“ Ha escrito más de 50 libros en español e inglés

“ Periódicos de Centro América lo han llamado uno de los autores más versátiles de la región, pues ha escrito poesía, cuentos, novelas, obras de teatro, libros de texto, libros motivacionales, manuales de computación, una fotonovela y dos películas.

“ En el 2001 se convirtió en el creador del primer libro electrónico producido en Centroamérica.

“ En el 2004 fue nominado a Poeta del Año por la International Poetry Society de New York

Pero admite que no siempre ha sido exitoso. Como él mismo cuenta, la primera parte de su vida fue un desperdicio total, pues tenía todas las actitudes normales de la gente normal de

un país normal: era un mediocre que se dedicaba a hacer lo que todo mundo hacía: prepararse para fracasar y al mismo tiempo huir del éxito.

“ Hacía trampa en todo. Le interesaba más ser popular que superarse

“ Reprobó dos años de Jr. High y High School,

“ Abandonó sus estudios antes de graduarse

“ Por su falta de educación, trabajó lavando ollas y limpiando sanitarios y mesas en restaurantes.

“ Sus pésimos hábitos, su desidia, apatía y falta de metas lo hicieron descender cada vez más hasta que en 1979 se vio prisionero en Gateways Mental Hospital, una cárcel para enfermos mentales en California, pues había intentado suicidarse.

Esta obra narra varias de las experiencias personales del Dr. Kosh a través de los años, incluyendo muchas cárceles de las cuales fue prisionero y no todas de las cuales eran prisiones de concreto y metal. Se sugiere precaución y mente abierta al leer esta obra, pues para muchos puede ser algo franca y cruda.

Ahora, después de haber despertado de su “letargo”, Dr. Kosh se dedica a ayudar a otros a despertar también y a utilizar su

potencial al máximo. Sus conferencias han sido escuchadas por miles de personas que afirman que, después de oírlo, se dan cuenta de que realmente pueden lograr TODO lo que se propongan. Esperamos que esta obra te ayude al igual que ha ayudado a miles de personas en el pasado.

Su video “Técnicas de Estudio para Triunfar” en youtube es uno de los más vistos en su categoría, con 98% de votos positivos y comentarios de todas partes de Latinoamérica y Europa.

[https://www.youtube.com/watch?v= KguCWaNfo0](https://www.youtube.com/watch?v=KguCWaNfo0)

## Introducción

Hay una prisión llamada Alcatraz, en California. Aunque ya está cerrada, en su tiempo fue famosa porque, supuesta-mente, nadie logró jamás escapar de ella.

Ahora bien, mi situación actual es la siguiente: He visto ya seis décadas de vida, empecé a escribir cuentos y poesía en 1968, y llevo ya muchos libros escritos aunque no todos publicados. Además he escrito guiones para teatro, poemas, guiones para películas, una fotonovela, etc. Dios me ha dado la oportunidad de ver la mayoría de mis libros publicados en español o inglés en varios países.

No digo esto con el propósito de impresionar a nadie ni de vanagloriarme de todas las bendiciones que Dios me ha dado en el ámbito profesional, sino para establecer una realidad: A pesar de todo lo que he escrito a través de los años, jamás había escrito una obra tan importante para mí como ésta.

Durante muchos años, en diferentes comunidades y ambientes, la gente me ha observado entre ellos como un miembro a veces neutral, a veces valioso, a veces execrable de su sociedad. He trabajado en varias profesiones y he estudiado mucho de todo lo que me gusta. Esto me ha ayudado para conducir conferencias y talleres sobre gran diversidad de temas, especialmente la superación personal.

Sin embargo, jamás había antes intentado producir material que contuviese tanta sinceridad y tanta verdad como el que ahora está en poder del lector.

Cuando empecé a escribir esta obra, no sabía realmente qué rumbo le iba a dar. Lo que sí sabía era que quería compartir algo que recién descubrí y que me ha llevado al fin a vivir mi vida al máximo.

Durante mis conferencias, siempre afirmo (y esto es cierto) que si logro que una sola persona escuche y decida cambiar su vida debido a lo aprendido durante el evento, me siento realizado y feliz de haber logrado mi propósito y cumplido con mi trabajo.

De igual manera, es mi esperanza sincera que lo contenido en estas páginas de verdad ayude a aquellos que estén en una o más de las situaciones en las cuales yo estuve durante mucho tiempo. Es por ello que esta obra se distribuye a bajo precio, únicamente para sufragar los costos de producción de la misma.

Cualquier comentario sobre este libro puede ser dirigida la editorial en [owinstein@yahoo.com](mailto:owinstein@yahoo.com).

Mientras tanto, veamos las prisiones principales de las cuales muchos somos prisioneros y cómo podemos escapar de ellas.

# ¡LIBREEEE!

Cuando las gigantescas puertas metálicas de Gateways, una prisión californiana para enfermos mentales, se cerraron detrás de mí y vi que yo estaba afuera de esa cárcel al fin, es imposible describir el sentimiento tan profundo de felicidad que me invadió y rebalsó por completo.

En ese instante salté, grité de júbilo y celebré que había recuperado mi libertad y, de manera muy privada y profunda, le agradecí a Dios por haberme liberado y me juré a mí mismo que haría hasta lo imposible por jamás volver a sentir el calvario de ser un prisionero, de verme como había estado hasta ese día hacía apenas unos minutos: encerrado en una celda triste y fría, cuatro paredes sin porvenir y sabiendo que posiblemente jamás podría caminar libre por las calles.

Pero allí estaba ahora, libre, libre, ¡Dios mío, libre!

Corría el año de 1979, yo tenía 19 años y vivía en Los Angeles, California.

Ahora que escribo esto han pasado ya casi cuarenta años de aquel suceso. Vivo en Centro América, tengo ya 57 años y hace poco salí de la cárcel por última vez.

¿Qué pasó?



¿Cómo perdí mi libertad de nuevo?

¿Cómo fue que, a pesar de que jamás he asesinado, violado ni asaltado a nadie, recuperé mi libertad hasta hace muy poco? Y no estoy diciendo que fui prisionero injustamente. Todo lo malo que me ha sucedido, yo me lo he buscado.

Cuando me arrestaron en el 79, fue por haber intentado suicidarme. Mi novia acababa de dejarme porque su madre no aceptaba nuestra relación así que decidí “enseñarles una lección”. Ingerí un frasco entero de pastillas con el propósito real de terminar con mi vida. Vivía con un par de muchachos con quienes compartíamos una pequeña casa y fueron ellos quienes me encontraron al día siguiente y me llevaron al hospital. Allí me salvaron la vida, pues la cantidad de pastillas que había ingerido era una sobredosis suficiente para causarme la muerte. Mi cerebro, sin embargo, sufrió los estragos y hay varios días de ese tiempo de los cuales no tengo la menor memoria, excepto lo que ellos me contaron que hice: destruir y dañar.

Después de que los doctores lograron sacar el veneno de mi cuerpo, la policía me arrestó y me llevaron al Hospital Mental Gateways, donde me encerraron en una habitación sin ventanas. Allí, recuerdo que cuando la puerta se cerró y me vi solo, caí al suelo y lloré amargamente. Estaba seguro que jamás recuperaría mi libertad.

Cuando me internaron, los médicos me dijeron que me consideraban peligroso para mí mismo y para los demás, así que estaría en observación. Añadieron que si no mostraba mejoría, me quedaría allí un largo rato.

Es increíble, ahora que lo pienso, pues solamente estuve allí tres días, pero fueron los tres días más largos de mi vida hasta ese entonces. No paré de llorar cada vez que me encontraba solo. A veces me permitían ir a la sala con otros enfermos mentales y allí había de todo: una señora que había tratado de asesinar a su marido, un tipo que había intentado suicidarse como yo, una anciana que se acercaba a todos y nos preguntaba al oído “¿Viniste a escuchar mi linda voz?” Y la que más tristeza me daba era una dama que creo era la más anciana de todo el lugar. Ella entraba al salón, se paraba en medio de la habitación y empezaba a desvestirse. Uno de los guardias del lugar corría hacía ella para detenerla, le arreglaba la ropa y luego se la llevaba de allí. Minutos más tarde, ella regresaba y la rutina iniciaba otra vez.

Ya para entonces el efecto de la medicina sobre mi cerebro empezó a disminuir, por lo que me sentía peor de saber que muchos de los que veía allí conmigo ya no tenían remedio, mientras que yo me consideraba cuerdo y me daba cuenta de todo.

Sufrió tanto que, cuando salí de allí, en verdad hice todo lo posible por no volver a perder mi libertad jamás. Y casi lo logré. No ha habido intentos reales de suicidio desde entonces ni he sido arrestado, gracias a Dios, por ninguna causa. Y sin embargo, fui un prisionero durante muchos años en la peor cárcel de todas.

Es por ello el título de esta obra, “No todas las Prisiones tienen Paredes”.

Dios puso en mi corazón escribir esta obra para dirigirla a gente como yo que probablemente son prisioneros de las peores cárceles del universo y ni siquiera se han dado cuenta. Algunos tal vez ya se dieron cuenta, pero están resignados y piensan que jamás podrán salir de allí.

El libro, entonces, está dedicado a Dios, por su gran fidelidad y misericordia al rescatarme y liberarme, y dirigido a todos los seres humanos, sin distinción de edad, profesión, credo, nacionalidad, género, etc. Todos estamos en este mundo y todos estamos expuestos a caer en trampas sutiles pero reales que nos roban nuestra libertad y que no permiten que vivamos todo lo lindo que Dios ha preparado para nosotros.

Deseo dejar muy claro, y lo escribo con un corazón contrito, que en ningún momento me siento orgulloso de todo el daño que causé ni de todas las acciones que causaron a través de los años mi desgracia y la de muchas personas alrededor mío. Si comparto estas experiencias ahora, es únicamente con el propósito de ayudar, de contribuir. Estoy seguro que como yo lo fui, hay muchos que hoy son prisioneros de cárceles tremendas y no saben como salir de ellas. Pero, como dice la afición de mi equipo favorito de fútbol, “¡Sí, se puede!”

Tampoco estoy buscando un culpable de todo el daño que sufrí y que luego yo mismo causé en tanta gente. Sin importar la raíz de nuestros traumas y problemas psicológicos, llega un momento en el cual sabemos que lo que estamos haciendo es dañino, y de todos modos lo seguimos haciendo, así que eso nos convierte en responsables de nuestros actos. Lamentablemente, sin embargo, es cierto lo que dice Proverbios 22:6, “Instruye al niño en su camino y aún cuando sea grande no se apartará de él.” Esto tiene un significado muy profundo, más de lo que la gente cree, pues la psicología ha comprobado lo que la Biblia afirma: el niño aprende y aprende muy bien y todo lo que aprende en sus primeros años le afectará el resto de sus días.

Es desafortunado, sin embargo, que así como aprendemos lo bueno también aprendemos lo malo. Si los padres son fumadores, los hijos probablemente fumarán mucho al crecer. Si los adultos a su alrededor gozan de usar palabras soeces y

vocabulario “vulgar”, el niño usará ese mismo vocabulario, etc. Cada actitud que observe en los adultos, forjará la cárcel de la cual el hoy niño algún día vivirá prisionero. Es a veces ridículo escuchar a un padre aconsejando o regañando a su hijo para que no haga algo como fumar, usar lenguaje soez, ingerir bebidas alcohólicas, manejar bajo efectos del alcohol, etc., pero al mismo tiempo que le dice que no haga todo aquello, deja que el niño lo vea haciéndolo. El psicólogo sudamericano Bandura comprobó con sus experimentos que los niños aprenden mucho más de nuestro ejemplo que de nuestras palabras. Lo hizo de esta manera:

Tomó dos grupos de niños de corta edad. Al primer grupo le mostró un video de una señora pegándole a un juguete. Al otro grupo no le mostró ningún video. Luego puso a los niños uno por uno en una habitación donde había muchos juguetes, incluyendo el del video. Casi todos los niños que habían visto el video, le pegaron al juguete. Incluso inventaron nuevas formas de pegarle. En cambio, ninguno de los niños que no vieron el video usaron violencia con el juguete. Esto demostró sin lugar a dudas que desde pequeños imitamos lo que vemos. Es por esto que la violencia y el crimen han aumentado tanto en la sociedad, pues la mayoría de las películas y programas de televisión incluyen violencia de algún tipo.

Ahora bien, para entender mejor esas cárceles de las que hablamos y ver cómo podemos salir de ellas, tenemos que

volver al principio, cuando las celdas de la primera prisión estaban siendo construidas en mi vida.

Para ello, viajemos a 1960. Yo nací en abril de ese año en el Puerto Tela, Honduras, Centro América, hijo de madre guatemalteca y padre hondureño. No se casaron; simplemente vivieron juntos durante algunos años y tuvieron dos hijos, una niña y un niño. Yo fui el menor. Se separaron cuando yo tenía seis meses de edad y jamás volvieron a estar juntos. La foto al lado fue tomada cuando yo tenía dos años. Mi madre está de cuclillas junto a mí.

Años después de haberse separado de mi padre, mi madre admitió que jamás lo quiso en realidad. Se juntó con él por coqueteo y porque hubo la oportunidad de satisfacer las necesidades fisiológicas de la juventud, pues ella aún no llegaba ni a los 20 años cuando se conocieron. Varias personas que vivieron ese entonces afirmaron años después que estaban seguros que mi madre se había juntado con mi padre únicamente para contrariar a mi abuelo, pues él administraba esa finca mientras que mi padre era un peón de la misma. En esa región y especialmente en 1956, cuando esto sucedió, no era visto con buenos ojos que la hija del administrador se convirtiese en pareja de un obrero.

Creo firmemente que ese fue el primer ladrillo de la primera pared de la cárcel que un día me encerraría: al igual que muchos jóvenes que he conocido, yo nací de la lujuria y la rebeldía juvenil, no del amor. Además, mi padre era ya un alcohólico y fue esta enfermedad la que causó su muerte antes de los 45 años de edad.

Mis padres se separaron cuando yo no cumplía aún el primer año de vida y ella se casó un par de años después con mi padrastro, quien traería consigo varios de los ladrillos principales para continuar construyendo mi cárcel. Al llegar mi padrastro a nuestra vida, mi hermana, que con sus siete años era tres mayor que yo, decidió irse a vivir con mi padre, mientras yo me quedé con mi madre.

# Prisionero de la Violencia

Ambos, mi padrastro y mi madre, eran bastante violentos conmigo. Recuerdo que durante las palizas, entre los golpes que recibía y los gritos que daba de dolor, yo exclamaba y suplicaba, “¡Ya no, papito lindo, ya no!” Cada golpiza que sufría sentía que jamás terminaría. Cuando los golpes al fin cesaban, me quedaba tirado en el suelo llorando de dolor, tristeza e impotencia durante largo rato hasta que al fin poco a poco me dormía. Era mi único escape.

Mi padrastro y mi madre me pegaban con lo que tuvieran a la mano. En una ocasión, cuando yo tenía 11 años, rompí una lámpara mientras jugaba con mi hermano menor y mi madre me pegó con el palo de la escoba. Yo salí huyendo al patio y ella me persiguió. Tropecé y caí al suelo, por lo que ella me alcanzó y continuó pegándome con el palo hasta que éste se quebró en dos. Estoy seguro que si el palo no se hubiera quebrado, ella habría continuado pegándome mucho más tiempo.

Aquellas palizas continuaron hasta un poco después de que cumplí los catorce años. Un día, cansado al fin de soportar tanto golpe y de llorar tanto cada vez que me pegaban, me prometí a mí mismo que jamás volvería a llorar cuando alguien me golpeará.



Al poco tiempo llegó la ocasión de poner a prueba mi promesa. No recuerdo porqué, pero logré despertar la furia de mi padrastro. El me tomó del pelo, me jaló violentamente y me arrojó al suelo. Caí golpeándome contra la cabecera de la cama, y todo parecía que la siguiente golpiza había ya comenzado. De repente, en lugar de quedarme tirado a seguir recibiendo golpes, me levanté de un salto, y sin derramar una sola lágrima, me paré desafiante frente a mi padrastro. No dije nada, simplemente lo miré fijamente a los ojos y no bajé la mirada ni un solo instante. Eso lo desconcertó. Se dio cuenta que el siguiente golpe que lanzara probablemente sería contestado con uno peor en contra suya. Sonrió nerviosamente, retrocedió con lentitud y, bajando la mirada, salió de la habitación sin decir nada. Jamás volvió a pegarme.

Desgraciadamente, el daño ya había sido hecho. Las palizas que recibí durante más de diez años lograron convertirme en un hombre violento, agresivo e implacable. Al igual que mi padrastro, quien parecía disfrutar de lastimar severamente a alguien más débil que él, yo me ensañé con cualquiera que parecía ser más débil que yo o que trataba de aparentar fortaleza sin tenerla.

Esa cárcel de violencia me aprisionó durante décadas. 35 años después logré al fin eliminar de mi mente el dolor emocional de haber sido golpeado con tanta crueldad, pero solamente lo logré a través de terapia psicológica muy profesional y efectiva.

# Crueldad con Animales

Durante muchos años yo fui muy cruel con los animales. Llegué a cometer la atrocidad de fracturarle la pata a mi perro y con gran remordimiento lo llevé al veterinario para que lo enyesaran. Pero la violencia y crueldad contra todo tipo de animal también fue larga en duración y profunda en daños causados. No sabía el porqué era tan malvado con ellos hasta que, con ayuda profesional, logré descifrar ese misterio. Esta cárcel tan horrible fue construida también antes de mi adolescencia.

Para un niño, los animales son mucho más que simples mascotas. Son sus compañeros, sus hermanos, sus amigos del alma, incluso, sin decirlo así, los puede llegar a ver como sus hijos. Así veía yo a mis animalitos cuando era niño.

## Chiquitío

Cuando yo tenía diez años, me regalaron un perrito. Le puse de nombre “Chiquitío” y se convirtió en mi gran felicidad. La señora que me lo regaló me dijo que el cachorrito era de raza Pastor

Belga. Yo le creí en ese entonces, pero ahora me doy cuenta que lo más probable es que era Pastor Callejero cruzado con Pastor Sinraza.

Sin importar eso, yo lo amaba. El me acompañaba a todos lados y simplemente era maravilloso tener mi propio perrito. No tengo fotos de él ni sé que raza era pero recuerdo que era pequeño y de pelaje claro.

En cierta ocasión fui a la tienda a comprar el pan y, como siempre, llevé a Chiquitío conmigo. Mi hermano menor, David, iba conmigo. Al salir de la tienda, mi hermano y yo empezamos a correr y Chiquitío corrió junto a nosotros. De repente se metió entre mis piernas, me enredó y salí volando por los aires cayendo al suelo con gran estrépito. Por supuesto que la canasta que yo llevaba en las manos salió volando también y todas las piezas de pan aterrizaron a mi alrededor. En ningún momento me enojé con el perrito, pues yo sabía que él no había intentado derribarme. Además, mientras yo estaba en el suelo tratando de incorporarme, él me lamía el rostro y meneaba su colita con gran satisfacción. ¿Cómo podía yo enojarme con él?

Cada vez que llegaba de la escuela, lo primero que hacía es buscar a Chiquitío quien corría contento hacia mí.. El me hacía, aunque fuera solo por momentos, olvidar el calvario de vivir con palizas e insultos casi diarios.

Un día llegué a la casa y Chiquitío no salió a recibirme. Lo busqué por todos lados y nada. Al fin le pregunté a mi madre si sabía dónde estaba mi perrito y fue cuando ella me dio la noticia que me dejó helado: “Su papá se lo regaló a un amigo para que se lo lleve a la finca.” Ella insistía que yo llamara a mi padrastro “Papá.” Siempre lo hice pero jamás de corazón.

¡Pero mi perrito! Mi perrito había sido regalado y se lo habían llevado lejos de allí. No podía creer lo que estaba oyendo, pero conociendo a mi padrastro, era verdad. Poco tiempo después mi madre me contó que alguien había atropellado accidentalmente al perro y lo había matado. Cuando ella me contó lo sucedido, simplemente bajé la vista y me alejé.

### Viejo

Al poco tiempo, mi padrastro compró un par de conejos. La hembra fue dada a mi hermano y yo me quedé con el macho. El bautizó a su coneja “Nieve” y yo bauticé al mío “Viejo”. Me gustaba sacarlo de la jaula, abrazarlo y amarlo. Muchas veces, en contra de las órdenes de mi madre y mi padrastro, yo llevaba a Viejo a mi habitación y él se dormía conmigo. Mi hermano, que en ese entonces tenía cinco años, hacía lo mismo con Nieve.

La pareja de conejos creció, maduró y con el tiempo tuvieron varias crías. Recuerdo a uno que no sobrevivió mucho tiempo y cuya muerte trajo tristeza a mí, porque era un conejito

diminuto, mucho más pequeño y débil que sus hermanitos. No me sorprendió cuando un día amaneció muerto pero no por ello dejó de entristecerme.

Durante el año y fracción que Viejo y Nieve estuvieron con nosotros, tuvieron varios grupos de crías y cada vez, mi hermano y yo lo celebrábamos como si fuesen nuestros hijos los que acababan de nacer.

Un día mi madre me llamó al patio y me dijo que fuera a ayudar a Doña Florencia. Ella era una dama vecina que nos ayudaba en muchas cosas y hasta la fecha la considero como mi familia. Me dirigí a donde ella estaba y me sorprendí al entrar a la habitación, pues tenía a Viejo en las manos. Apuntando a un leño que estaba allí cerca, me dijo, “Yo lo sostengo mientras usted le pega en la cabeza para matarlo.”

¿Matarlo? ¿Matar a Viejo?

En mi gran sorpresa, no dije nada. Tomé el leño y, como robot, le asesté un golpe al conejo. Estoy seguro que ese golpe me dolió más a mí que a él. “Más duro,” dijo la señora pero no pude. Le di un par de golpes más y ninguno tuvo efecto sobre el pobre animal. Yo simplemente no podía hacerle daño. Impaciente, doña Florencia me quitó el leño y yo salí de allí sorprendido, confundido y en realidad estupefacto mientras alguien más llegaba para ayudar a matar a mi conejito.

## Mi Gallito

Aún no me había pasado la tristeza de Chiquitío y Viejo cuando mi padrastro compró dos pollitos amarillos, uno para mi hermano y otro para mí. A través de los años había comprado varios pollitos con anterioridad, pero todos morían al poco tiempo.

Esta vez fue diferente.

El pollito de mi hermano sí murió rápidamente, pero el mío sobrevivió. Lo vi crecer poco a poco y se convirtió en mi mejor amigo. Nunca había escuchado que un pollo pudiese ser un amigo, pero a mí eso no me importó.

Cuando yo llegaba de la escuela y me encontraba solo en la casa, lo sentaba junto a mí a ver televisión y le comentaba todo lo que pasaba en los programas que veía. A veces, en mi fantasía infantil, me imaginaba que él disfrutaba tanto como yo de ver a los Tres Chiflados, Tom y Jerry, y mis demás programas favoritos de entonces.

Mientras tanto, las palizas que yo recibía empeoraban más y más, así que me preparé para huir de la casa para siempre. Enterré un cuchillo en una maceta cerca de la puerta de salida,

pues era una herramienta que yo consideraba indispensable al andar en la montaña. Pero al pensar en huir, la imagen que yo tenía en la mente era siempre la misma: Mi pollito y yo caminando por la carretera, huyendo de allí para ser felices juntos.

Había decidido que caminaríamos hasta Río de Janeiro, Brasil. Como vivía en un pueblo, calculaba que me llevaría unas doce horas aproximadamente hacer el viaje a la capital y desde allí sabría como irme para Río. No se burlen, ni siquiera había cumplido los doce años y no había tanta información disponible como ahora. Según yo, si un vehículo recorría 200 kilómetros en cuatro horas, un humano lo haría en doce horas.

Un día estaba durmiendo temprano en la mañana cuando me despertó un ruido extraño, una especie de canto y graznido a la vez. Salí al patio y cual fue mi sorpresa que mi pollito estaba cantando, o mejor dicho tratando de cantar. Para entonces ya habían crecido sus plumas y ya se veía que era gallo, no gallina, por lo que no me sorprendió que cantara. Lo que sí recuerdo que sentí fue un inmenso orgullo.

Mi pollito se estaba convirtiendo en gallo y acababa de cantar por primera vez. ¡Mi gallito!

Al poco tiempo llegué a la casa después de la escuela y almorcé como de costumbre. La carne estaba un tanto más dura de lo

normal y mi madre me explicó el porqué estaba tan dura: estábamos almorzando a mi gallito.

Ese fue el golpe final. Esos traumas de haber perdido un perro, un conejo y un gallo, todos animales compañeros a quienes yo había llegado a querer mucho pero que habían sido arrebatados de mí de manera cruel, tuvieron el efecto lógico de convertirme en alguien que no podía querer a un animal. Pero lo peor fue que empecé a odiarlos.

Volvimos a tener perro un día en la casa, pues le regalaron un cachorrito a mi hermano, pero nunca lo pude tratar bien. Y durante los próximos treinta años, cada vez que yo llegaba en contacto con algún animal doméstico, mascota de quien fuera, trataba de ser lo más cruel posible con la pobre bestia. Por supuesto, ahora que lo veo en la distancia, me doy cuenta que la bestia era yo.



# Prisionero de la Pornografía

Este es uno de los capítulos de mi vida que más me avergüenzan.

Cuando tenía ocho o nueve años, descubrí debajo del colchón unas fotos y revistas que contenían parejas desnudas. Corría el año de 1969 y la pornografía no era tan gráfica y descarada como ahora, pero ya existía todo tipo de publicaciones impresas que usaban el sexo gráfico como único punto de venta. Mi "amado" padrastro llevaba de todo lo que existía en ese entonces a la casa: fotos, revistas estilo fotonovela, revistas "educativas", etc. No existían los casetes de video ni los llamados DVD todavía, pero estoy seguro que de haber existido, yo habría tenido acceso a ellos.

Pues a esa corta edad empecé a tener acceso a todo ese material, pero como siempre lo mantenían "escondido" debajo del colchón, lo buscaba solamente cuando estaba solo en la casa, lo cual sucedía muy a menudo por las tardes.

Esto continuó durante todos los años que mi padrastro vivió con nosotros. Pronto, cuando yo me salí de la casa y me fui a vivir a

Los Angeles, California, a los 16 años, ya tenía una adicción tremenda a la pornografía.

Todos los años que estuve prisionero de esta maldición, yo no lo veía como una adicción, sino como una mala costumbre, una costumbre de la cual me avergonzaba pero que no lograba eliminar por completo.

Había cines en Los Angeles donde daban solo películas pornográficas. De vez en cuando entraba a uno de ellos. Al salir, me sentía mal, esperaba que nadie que me conociera me hubiese visto y me proponía ya no volver allí. No lograba mi propósito por mucho tiempo.

Un día escuché un mensaje de un personaje a quien no he tenido la oportunidad de conocer personalmente pero a quien amo y respeto profundamente: Jimmy Swaggart, de Baton Rouge, Louisiana. En ese entonces él tenía uno de los ministerios evangélicos más grandes del mundo, por lo cual era muy conocido y respetado. En esa ocasión él habló de la pornografía, de sus síntomas y de cómo se consideraba una adicción real.

Me sorprendió muchísimo su descripción de los síntomas y características por dos razones:

1. Describía exactamente lo que me sucedía a mí.
2. Lo describía con autoridad, como alguien que realmente sabía de lo que estaba hablando. Supe con tristeza años después que el Pastor Swaggart también sufría de esa adicción.

Cuando esa revelación llegó, en ningún momento tuve un pensamiento negativo acerca de él, pues sabía perfectamente el sufrimiento que él estaba pasando y que probablemente llevaba años de soportar.

He aquí los síntomas de la adicción a la pornografía:

“ Puede empezar de manera “inocente”, pues todos los seres humanos somos bombardeados constantemente por publicidad que contiene pornografía de algún modo y grado. Esto está comprobado que afecta mucho más al varón que a la dama, aunque hay excepciones. Según estudios científicos, sucede así porque el varón normal se excita primero por la vista, mientras que la dama normal se excita más por el tacto.

“ Se busca la pornografía, se siente culpable después de buscarla y decide jamás volver a hacerlo. Antes de que se dé cuenta, ya la buscó otra vez.

A veces, como en mi caso, la adicción empieza de forma más directa, al tener acceso a publicaciones cuyo único propósito es promover la pornografía. Cuando ese acceso se da desde temprana edad, el daño puede ser más profundo y duradero.

Es por ello común ver por todos lados pósters, cubiertas, afiches y toda clase de anuncios comerciales impresos o por televisión, que contienen personas con escasa ropa o con ropa provocativa, o en poses provocativas.

Ahora, con Internet y los videos, la pornografía tiene una propagación increíble, pues no hay hogar en un país desarrollado que no tenga acceso a ella. Incluso en países no tan desarrollados, el fenómeno es común. Abundan los “Café Internet” y es común ver usuarios “bajando” páginas con pornografía. La gran mayoría de estos usuarios son adolescentes.

El adicto usualmente no sabe que ya es un adicto. Yo trabajé en el banco Security Pacific de Los Angeles en la década de los 80 y fue allí donde más acceso tuve a estos materiales. Había una tienda en la parte baja del edificio y allí vendían todo tipo de revistas, incluso pornográficas. No era ilegal, así que las revistas estaban a la vista de todo mundo.

Mi oficina estaba en el piso 32, según recuerdo, y de vez en cuando bajaba a la tienda, compraba una revista porno y me la llevaba a la oficina. Luego me sentía culpable, la tiraba en el cesto de basura y resolvía jamás volver a comprar otra. Un par de días después, o a veces un par de horas después, el ciclo se repetía. Así fue durante años. Mi esposa se sorprendió años más tarde cuando le confesé todo esto por primera vez.

A principios de los 80 se inventó el videocasete VHS y entonces ya hubo un nuevo medio para llevar pornografía a cualquier lado. Ahora existe el DVD y las memorias flash, así que el “producto” es más compacto y fácil de encontrar y llevar. Mientras tanto, millones de personas en todo el mundo caen cada día prisioneros de esta adicción que les roba tiempo, energía, tranquilidad y dinero.

Personalmente calculo que en total gasté más de cien mil dólares en pornografía. No, no me hace sentir orgulloso y espero que si el lector es prisionero de esta cárcel, también pueda liberarse de ella.

Ahora me da tristeza, pues el joven de hoy tiene mucha más tentación que la que nosotros tuvimos.

Hoy la pornografía se puede encontrar en periódicos, revistas, películas por cable, películas en DVD, videos de Internet, fotos y videos que se mandan a través de celulares, etc.

Lo malo es que el joven es por naturaleza curioso. Lo peor es que muchas veces cede ante las presiones de sus amigos y, aunque él o ella no se sienta bien en ver la pornografía, lo hace para complacer a los demás.

Si este es tu caso, piensa en ti mismo.

Sabes que te está dañando.

Sabes que está llenando tu mente de basura.

Sabes que nada bueno te trae el usar pornografía.

Lo sabes.

Si quieres ser libre de esta prisión, sal de ella.

Hazlo por ti y por las personas que más amas. A ellos les hará mucho bien el contar con tu mente limpia, libre de contaminación gráfica o de otro tipo. Cuesta salir, pero no es imposible. Si de verdad lo deseas, hazlo.

¿Y cómo salir? Busca ayuda profesional. No es cierto que solamente los "locos" van a terapia. Ellos ni siquiera van a

terapia porque de nada les sirve. Somos nosotros los que necesitamos buscar esa ayuda profesional. Te lo dice un experto en traumas emocionales que ha encontrado gran ayuda en la terapia. Así que si de verdad quieres librarte, busca alguien en psicología, pedagogía o tu iglesia en quien puedas confiar y esa persona te podrá ayudar.

Pero recuerda que el mañana no existe, así que...

¡hazlo hoy!

# La Superstición

Mi madre, a quien amo y respeto profundamente, tuvo una infancia rural, pues nació en Quetzaltenango, Guatemala, un pueblo que en esos años (1936) era muy remoto, alejado y sin muchas opciones para la educación. Luego vivió en fincas de la Costa Sur guatemalteca y de Honduras. Ella estudió solamente hasta el 3er Grado de Primaria. En toda su juventud vivió en lugares muy distintos de Guatemala y Honduras, pero todos tenían algo en común: eran pueblos pequeños, subdesarrollados y alejados de mucha tecnología y oportunidades educativas.

Lo que sí abundaba en esos lugares remotos y primitivos era la superstición.

Conforme mis años de infancia llegaron y transcurrieron, pude poco a poco observar en mi madre y su familia, con quienes tuve también la oportunidad de compartir mucho durante mi niñez y juventud, toda clase de actitudes que llevaban, ahora lo entiendo, el sello de la superstición. Entre sus creencias:

“ No hay que limpiar la mesa con papel. Atrae la pobreza.



.. No es bueno abrir un paraguas dentro de la casa. Es mala suerte.

.. Es bueno bañarse con cerveza. Es un secreto para atraer la fortuna.

.. No hay que decir la palabra “serpiente” dentro de la casa, pues eso atrae la mala suerte. Si alguien la pronuncia, entonces hay que decir rápidamente “Hoy es viernes” y eso neutraliza el efecto.

.. Es bueno partir un limón en cruz y dejarlo debajo de la cama. Atrae la buena suerte y los buenos espíritus.

.. Es bueno poner una herradura sobre el dintel para atraer la buena suerte.

.. También es bueno tener en la casa un adorno con figura de elefante, especialmente si tiene el moco hacia arriba.

.. y un gigantesco etcétera.

En ningún momento intento burlarme de mi madre, mi familia o de sus creencias, pero ahora me doy cuenta que todas esas prácticas, creencias y supercherías son simplemente ataduras, cadenas que nos aprisionan y no nos dejan vivir tranquilos. Por haber crecido en ese ambiente, yo también heredé y practiqué por demasiado tiempo, muchas de esas supersticiones.

Uno de los peores daños que mi madre, sin darse cuenta, por poco me causa debido a sus supersticiones sucedió cuando yo tenía 15 años.

Ella me envió con un brujo cuyo nombre, si mal no recuerdo, era Enrique por lo que le decían Quique. Pero a todas estas personas se acostumbra llamarlos "hermano", así que él era, para mi madre, el "hermano Quique". Pues éste mi "tío" postizo era un tipo que se dedicaba a tirar las cartas, hacer "trabajos" de liberación y otras índoles, y no sé qué más. Pero tenía una característica adicional que yo ignoraba: era homosexual y prefería los jovencitos. Nada tengo en contra de los homosexuales, simplemente a mí me gustan las mujeres. Cada quien con su vida.

Cuando yo llegué a su "clínica" me recibió de manera normal y realizó el trabajo que mi madre había encargado. No tengo la menor idea de qué es lo que ella pidió ni qué es lo que él hizo. La razón por la cual esa única visita quedó en mi memoria es porque cuando yo ya me retiraba, él me invitó a visitarlo algún día, pues quería tener relaciones sexuales conmigo.

Me sorprendí mucho, pues le dije que yo no era homosexual, pero él trató de convencerme contándome que su "esposo" era todo un hombre como yo.

Desafortunadamente para él, yo siempre fui muy enamorado con las chicas y me causaba repugnancia el tan solo pensar en tocar a otro varón. Rechacé su intento de seducirme, salí de allí con disgusto y jamás volví a verlo. Incluso le comenté a mi madre lo que él había sugerido y su respuesta fue una sonrisa y el comentario “¡Ay, hermano Quique!” A ella simplemente le causó risa que el tipo tratara de seducir a su hijo.

Las supersticiones, la brujería, lo oculto y todo lo relacionado con áreas que a Dios no le agradan, fueron parte de mi vida desde entonces. A esa misma edad empecé a jugar la tabla Ouija. Recuerdo que nosotros lo hacíamos como un juego, nada más y muchas cosas extrañas sucedieron en la casa. Probablemente simples coincidencias, pero por mi corta edad, me impresionaron y afectaron.

Con el tiempo dejamos de hablar del asunto y atribuimos las extrañas ocurrencias a la casualidad, a algún accidente o a alguna broma que alguien nos jugó. Lo que ahora veo con certeza es que al entrar más y más en lo oculto, dejé muchas puertas abiertas que dieron potestad a muchas entidades para entrar en mi vida. Creo en Dios. No trato de convencer a nadie de su existencia. Insisto, cada quien con su vida. Pero si existe lo positivo, existe también lo negativo. Nos guste o no, probablemente estamos rodeados de todo tipo de entidades que no comprendemos a cabalidad.

Durante la misma época, abrí una puerta más al enemigo. Llegó a mis manos un libro de "Magia Blanca" y empecé a usarlo. Leí los conjuros y me dispuse a realizar cada uno de ellos. No logré terminarlos ni logré que ninguno de ellos funcionara, pero lo intenté y con eso fue suficiente. Una puerta adicional hacia terrenos prohibidos y un ladrillo más que continuaba construyendo la cárcel que me encerraría durante muchos años.

Tenemos que recordar que, por muy educados que seamos, existen situaciones que no comprendemos del todo. Hay cosas que no tienen explicación en lo físico, en lo normal. Por ejemplo, hasta ahora nadie tiene una explicación exacta acerca de la "intuición", pero sabemos que existe aunque no la podamos medir ni explicar.

Asimismo, si creemos y sabemos que existe Dios, desafortunadamente existe también el enemigo.

Cuando confiamos en Dios con todo nuestro corazón, El nos protege de cualquier ataque, nos da la armadura para resistir, nos da las armas para luchar. Pero cuando nosotros voluntariamente le abrimos la puerta al enemigo y lo dejamos entrar, allí estamos nosotros mismos metiéndonos en el problema y las consecuencias pueden ser muy lamentables.

# Ladrón entre ladrones

Tramposo entre tramposos

Estoy ahora consciente de que la violencia y abuso excesivo del que fui víctima durante prácticamente todos los años de mi infancia y los primeros de mi adolescencia influyeron en mí y me aprisionaron por muchos años. Pero no sé cómo ni porqué un día aprendí a robar.

Cuando yo tenía trece años, más o menos, mi padrastro perdió su trabajo. Escuché después, aunque no me consta que sea cierto, que había sido despedido porque se descubrió que había cometido un desfalco cuantioso. Había usado fondos de la empresa para enriquecerse. Cuando el desfalco se descubrió, lo perdió todo. Insisto, no me consta que sea cierto pero sí recuerdo que en ese entonces le quitaron un carro nuevo que acababa de comprar y que tuvo que mudarse de repente a otra ciudad.

Sin embargo, no creo en realidad haber sido influenciado por este hecho, y no sé realmente cómo lo aprendí, pero yo empecé a robar a temprana edad.

A los nueve o diez años de edad, mientras visitaba a mi Tía Norma, una de mis tías favoritas, vi en su casa una linterna de

mano perteneciente a su esposo. Yo, consciente de que no debía hacerlo, la tomé y me la llevé a escondidas. Esa noche la usé furtivamente en mi casa pero mi madre me descubrió. Recuerdo el sentimiento de vergüenza que me inundó cuando ella llevó la linterna de regreso a casa de su hermana y yo quedé frente a mi familia como un pequeño ladrón.

También robaba cuando mi madre me enviaba a veces a la tienda a comprar alguna cosa. Yo compraba algo más barato y me quedaba con el resto, que usualmente eran uno o dos centavos. Continué así hasta que un día se descubrió y me castigó con ayuda de mi abuela. Encendieron una pequeña fogata, me tomaron por la fuerza y me hicieron meter las manos en el fuego por unos segundos. Me dolió, pero el fuego no estaba demasiado fuerte, así que me quemó pero no calcinó la piel. Yo tenía para entonces unos doce años.

A pesar de este castigo, no logré eliminar el hábito para siempre. Tres años más tarde, yo trabajaba en una venta de repuestos y accesorios para automóvil en la capital. Un día, mis compañeros me introdujeron al mundo de los “mocos”. Así llamaban ellos a la operación que realizaban de vender artículos o servicios sin que la empresa se diera cuenta. De esa manera, se quedaban con el dinero del cliente y se repartían la “ganancia” entre todos los que hubiesen participado en el robo. Usualmente eran robos de cantidades que no llegaban ni a los diez dólares, pero de todos modos eran robos. Aunque es cierto

que casi todos los empleados lo hacíamos (éramos más o menos quince en total), eso no constituye una excusa, pues robo es robo.

Laboré allí poco más de año y medio y fue entonces cuando me mudé a los Estados Unidos. Durante tres años trabajé en un restaurante y allí también, al igual que todos mis compañeros de trabajo, participaba en el robo diario de productos de la empresa, o sea comida. Abríamos las refrigeradoras y tomábamos pasteles, tortas, carnes, cualquier cosa. No lo veíamos como robo, pero en realidad eso era, pues sabíamos que no estábamos autorizados a hacerlo y lo hacíamos únicamente cuando los gerentes y el personal principal de la cocina ya se habían retirado.

Con el tiempo, la gerencia se dio cuenta del robo diario de comida y le instaló unas enormes barras con candado a todas las refrigeradoras. Por increíble que parezca, encontramos la manera de mover la barra sin quitar el candado, sacar la comida y luego reemplazar la barra como que si nada hubiese pasado. Algo que recuerdo de todos esos robos de comida era que usualmente no nos llevábamos nada a casa, sino que nos la comíamos allí mismo.

Años después me vi en posiciones de confianza en diversas instituciones. En la iglesia a la cual asistía y en otra organización a la cual pertenecía, me nombraron tesorero. Me tocaba manejar cantidades de miles de dólares y usualmente lo hice sin

problemas. De repente, a mediados de los 80, cuando por pésima administración de mis finanzas tuve problemas de crédito, empecé a sustraer diversas cantidades de los fondos asignados a mí. Usualmente eran también cantidades pequeñas, pero nada puede borrar el hecho de que en ese caso le estaba robando directamente a Dios. Además de esa increíble falla, estaba traicionando la confianza de muchas personas que creían en mí y en mi integridad.

Para este entonces, ya era prisionero de una de las peores cárceles de todas, y ni siquiera me había dado cuenta.

En retrospectiva, sé que nunca me gustó robar, pero siempre robé. Jamás me agradó la idea de convertirme en un delincuente, tomar una pistola y asaltar a alguien en la calle, pero robar en la empresa o institución es igual de criminal o talvez peor, pues estás defraudando la confianza de personas que realmente creen que pueden contar contigo.

Incluso recuerdo que me sentía orgulloso de que yo jamás había participado en actividades criminales e incluso había huido de ellas.

Hubo una ocasión, en 1974, cuando logré un trabajo de ensueño. Recibí la oportunidad de laborar en el aeropuerto de la ciudad como aprendiz de mecánico. Yo tenía 14 años y aquella era la oportunidad de estar cerca de aviones, los cuales siempre me han fascinado. Era el trabajo perfecto y lo disfruté.



Una semana después de haber sido contratado, desafortunadamente, las cosas cambiaron.

Esa tarde llegaron algunos de los mecánicos después de que el hangar ya había cerrado y me disponía a irme a casa. Me pidieron que los acompañara y fui con ellos. Entramos a un carro grande, de esos de ocho cilindros que eran tan comunes en ese entonces, y en el vehículo iban ya unos cuatro o cinco individuos a quienes no conocía bien, pero sabía que laboraban en otros talleres cercanos a mi lugar de empleo.

Yo me senté en el asiento de atrás y uno de los muchachos que estaba en el asiento delantero se volteó hacia mí y me extendió un cigarrillo de marihuana. Lo rechacé con cortesía tratando de no delatar el miedo que sentía.

El vehículo inició su marcha y nos dirigimos a la parte trasera de otro hangar. Allí se bajaron dos de los tipos, entraron al hangar y minutos después regresaron corriendo con algunas cosas en la mano. Lo único que reconocí fue un recipiente grande de plástico que se usaba para almacenar combustible para avión. Escuché luego que también llevaban algunas piezas, probablemente accesorios o repuestos para avión, y que todo lo robado lo vendían después.

Al siguiente día ya no me presenté a trabajar. Preferí perder la gran oportunidad de ser mecánico de aviones que correr el riesgo de estar involucrado con una banda de ladrones. Me siento ahora orgulloso de esa decisión. Sin embargo, cuando el tiempo llegó de robar de otra forma más sutil en las empresas donde trabajaba, no sentí la menor culpabilidad.

El robo es común en todos los niveles y en todo el mundo. Según algunas estadísticas, solo en América son miles de millones de dólares en total que se pierden cada año debido a robos en las empresas. A veces estos robos son de cosas supuestamente insignificantes, como lápices, hojas de papel para escribir, papel higiénico, etc., pero cuando se suma todo lo que muchos empleados roban cada cual por su lado, la cantidad es increíble.

A veces me justificaba a mí mismo diciendo que todos los demás lo hacían también, así que por qué yo no. Además, en el caso del banco, era una empresa gigantesca de miles de millones de dólares, así que un par de tijeras de tres dólares no la enviaría a la bancarrota, según yo.

Comprendo ahora, con gran tristeza, que cada vez que he tomado algo que no me pertenece, me convertí simplemente en algo que nunca pensé ser: un ladrón.

Pero hay otra forma de robo que se practica mucho en nuestra sociedad y yo la practiqué también en más de alguna ocasión. Es el robo académico.

En 1984 estaba tomando un curso de computación. Era el examen final y no había estudiado lo suficiente, así que tomé el examen de un compañero, lo copié y eso presenté. Gané el examen pero no tenía la menor idea de lo que el mismo contenía. No me sentí orgulloso en ese momento ni lo siento ahora. Simplemente robé los puntos.

Esa práctica es muy común ahora, mucho más que antes.

Es común ver estudiantes que no hacen sus trabajos, simplemente entregan copia de trabajos hechos por otro. No estudian para exámenes, solo copian el examen de otro. Cuando yo copié ese examen, me convertí en un parásito, alimentándome de lo que otro producía. Eso es lo que el estudiante tramposo es: un parásito, alguien que simplemente se alimenta de los demás. Y el que ayuda a un parásito, no se da cuenta del inmenso daño que le está causando al permitirle continuar con sus trampas.

Entre las trampas más comunes en nuestro medio estudiantil están las siguientes:

- Llegar al aula, firmar la hoja de asistencia y luego salirse de la clase.
- Llegar al aula y firmar por otra persona que ni siquiera está presente.
- Firmar una hoja de trabajo en grupo sin ni siquiera haber hecho el menor esfuerzo en dicho trabajo.
- Entregar trabajos copiados de otro.
- Sacar los libros o apuntes durante el examen para copiar las respuestas de ellos.
- Preguntar a los compañeros durante el examen o simplemente copiar sus respuestas
- Etc.

Cada acción de trampa que hacemos, es un ladrillo de deshonestidad y falsedad que ponemos en el edificio de nuestras vidas. Y cuando esta actitud continúa a través de los años (pues hay quienes empiezan a hacer trampa en primaria, continúan en secundaria y diversificado, luego se especializan en trampa de todo tipo en la universidad), el daño que nos provocamos es increíble.

Allí está una de las razones por las cuales muchos países no prosperan a pesar de los años: la población está acostumbrada a buscar lo fácil, lo inútil, lo inservible, lo tramposo.

Esta prisión, desafortunadamente, encierra a millones de latinoamericanos y especialmente en países subdesarrollados. Es por eso que hay tanta corrupción en nuestro miedo.

Los políticos y funcionarios corruptos de hoy son los tramposos de ayer y siempre.

La mayoría de ellos no se volvieron corruptos de la noche a la mañana. Empezaron a practicar desde muy temprano en sus vidas. Empezaron a ser tramposos desde pequeños y se acostumbraron a eso. Luego, cuando tomaron puestos de importancia, continuaron siendo tramposos. Hoy, muchos de ellos están en prisión, pero estoy seguro que la mayoría jamás fue atrapado en sus fechorías.

Si tú estás encerrado en esta prisión y te das cuenta de ello, puedes salir de la misma. Puedes y debes ser libre. Se siente mucho mejor un 60 con el sudor de la frente que un 90 con el sudor del de enfrente. Se siente mejor y a tu vida le ayudará mucho más de lo que tú te imaginas.

Por otro lado, si tú eres de los que ayudas a alguien cuando te pide copia, piénsalo bien. Si ayudas a alguien así, estás ayudando a un parásito. Tú trabajaste y él o ella solo usa TU

trabajo, tu esfuerzo. Está logrando los puntos pero no sabe nada.

Eso no es amistad; es complicidad.

El verdadero amigo te ayuda obligándote a esforzarte más para que así puedas obtener tus propios resultados.

No es "buena onda" el ayudar a otro a hacer trampa. Simplemente lo estás ayudando a destruirse a sí mismo.

# El Resentimiento

Esta es otra horrible prisión. Muchos caemos en ella y somos prisioneros a veces durante años sin darnos cuenta.

Toda mi vida le reproché a mi madre que fue ella quien causó mi desgracia a través de sus decisiones tan erradas. También le reproché a mi padrastro el haber traído la violencia y la pornografía a mi vida. Ahora me doy cuenta de lo injusto que fui realmente, especialmente con mi madre, pero ya desperdicé la primera parte de mi vida reprochando y reprochando sin pensar nada más que en mí, en mi dolor, en mi tristeza, en mis errores, y tirando la culpa a todos lados excepto al culpable principal: “Yomero Mímismo”.

He aquí el por qué todos mis reproches fueron injustos.

Cuando mi madre empezó a vivir con mi padre, él era un irresponsable. Sí trabajaba, pero no era estable en nada, tenía muy mal carácter y además bebía más de la cuenta. Por si eso fuera poco, él ya era casado y ella se enteró hasta después de haber quedado embarazada de él.

Las peleas entre ellos eran frecuentes. Al fin un día, cuando yo tenía seis meses, se separaron para siempre.

Mi madre entonces se vio en esta fea situación: 25 años de edad, con dos criaturas, una de tres años y otro de seis meses de edad, sin marido, sin trabajo, sin el apoyo de su familia pues había peleado constantemente con ellos, sin educación pues había terminado apenas el Tercer Grado de Primaria, y sin saber qué hacer con su vida.

Por un tiempo se fue a vivir con mi bisabuela, pero ella era ya una anciana y no podía darle mayor apoyo, más que proporcionarle una habitación sin muebles. Allí, en un petate, dormimos durante un tiempo mi madre, mi hermana y yo.

Con ayuda de conocidos, mi madre encontró trabajo de costurera en una fábrica de ropa. El trajín excesivo al cual eran sometidas las trabajadoras allí le causó una hernia que le tuvieron que operar y que le continúa afectando hasta la fecha.

Ella luchó por sus hijos de esa manera hasta que un día, tres años después de haberse separado de mi padre, conoció a mi padrastro.



En él, mi madre vio la oportunidad de darle una figura paterna a sus hijos. Él era alto, apuesto, joven, varonil, de agradable personalidad y muy inteligente. Probablemente, tenía todas las cualidades que una joven mujer querría encontrar en el futuro padre de sus niños. Aparte de ello, por lo que recuerdo que leí en unas cartas que ellos se enviaron mutuamente en esos tiempos, se llegaron a amar mucho. Se casaron cuando yo tenía cuatro años.

Estoy seguro que si mi madre hubiese podido adivinar el futuro, si ella hubiese sabido el dolor y la angustia que ella y mi padrastro significarían en mi infancia y juventud, jamás habría hecho mucho de lo que hizo y probablemente no se habría casado con él.

Desgraciadamente, ella estaba en la situación más vulnerable en la cual una mujer puede estar: joven, sin educación, sola y con hijos pequeños. Ella buscó lo mejor para nosotros y en su mente, lo mejor era casarse con alguien que podría proporcionarle lo que mi padre había dejado de darle hacía mucho tiempo.

Lo veo ahora con claridad. En su mente, fue la mejor decisión. Me he dado cuenta de ello y, a pesar de las muchas lágrimas que derramé a causa de las palizas y humillaciones que ella y mi

padrastró me proporcionaron, ya no culpo a mi madre por haber intentado darnos a mi hermana y a mí un mejor futuro.

Es por ello que deseo dejar plasmado aquí lo siguiente: “La amo, madrecita linda. Perdóneme y le pido perdón a Dios por haber guardado resentimiento contra usted durante tanto tiempo y por no haberla comprendido antes. Perdón”.

Ahora bien, mi padrastró es otra historia y sin embargo es la misma. Hoy me puedo poner en su lugar hasta cierto punto. Una vez, hace mucho tiempo, tuve una pareja que ya tenía hijos. Solamente fuimos novios durante un corto tiempo, pero pude darme cuenta de lo que se siente el tratar de ingresar a una situación en la cual los hijos reciben a un extraño que no es su padre. Es difícil.

Mi padrastró, lo sé ahora, entró a una situación muy difícil.

Probablemente sí estaba muy enamorado de mi madre. Ella tenía 26 años y él 23 cuando se casaron. Ambos eran jóvenes, ella era atractiva, y él, por el amor que le tenía, es posible que tenía toda la intención de convertirse en un verdadero padre para sus hijos.

Lo malo fue que lógicamente no tenía experiencia como padre y mucho menos como padrastro, y al entrar a esa unidad familiar se encontró con rechazo absoluto.

Mi hermana jamás lo quiso. Ella ya tenía seis o siete años cuando mi madre y él se casaron, y, como toda niña normal, prefería estar con su verdadero padre que con este “señor” que a saber de dónde había venido. Así que durante el tiempo que vivió con él, le demostró rechazo total y al fin, al poco tiempo del matrimonio de mi madre, decidió irse a vivir a Honduras con mi padre. No volví a verla sino más de doce años después.

Yo, como todo niño normal de cuatro años, estaba muy pegado a mi madre, así que, a pesar de que también rechazaba a mi padrastro pues sabía que él no era mi verdadero padre, “decidí” quedarme a vivir con mi madre y él en Guatemala. Por supuesto que lo ideal para mí habría sido quedarme con ambos, mi madre y mi padre, pero eso no era posible por lo que, cuando mi madre me preguntó si quería quedarme con ella o irme a vivir con mi padre, no lo pensé dos veces.

Y así empezó el suplicio para ambos, mi padrastro y yo. El se encontró a solas con su nueva esposa, quien ya estaba esperando el primer hijo de ambos, y con el hijo varón de ella, un niño que no lo veía como padre, jamás lo aceptaría como tal y siempre le mostraría el rechazo natural de un niño a quien le

arrebatan a su padre suplantándolo con un desconocido y no le explican el porqué.

Para empeorar las cosas, me obligaron a decirle “papá” a mi padrastro y recuerdo la confusión y el miedo que yo sentía, pues no entendía porqué tenía que decirle papá a él si mi padre era otro.

Al poco tiempo nació mi hermano menor, primer hijo de mi padrastro, David, a quien siempre hemos llamado “Chino” porque, al igual que le sucede a mi hijo, cuando sonrío, los ojos desaparecen de su rostro.

Cuando Chino nació, mi padrastro demostró ser un buen hombre y buen padre, pues lo amó, lo colmó de regalos, y cuando mostraba su bebé al mundo sonreía con orgullo y decía “mi heredero”. En verdad, lo admito ahora, era un buen padre, aunque nunca lo fue para mí, pues siempre nos tratamos como “padraastro” e “hijastro”.

Así fue colocada la primera piedra del rechazo total que sentiríamos por siempre el uno por el otro. Así llegamos años más tarde a la situación lógica de un padrastro que no siente o no expresa el menor cariño por “el hijo del otro”, pero que se desvive por su propio hijo.

Uno de mis mejores amigos, Arturo, falleció hace ya varios años. Era una persona espectacular. Tenía una voz muy varonil, era apuesto, inteligente, jovial, muy amable, muy juguetón y era querido por todos los que le conocíamos bien. Con todas sus cualidades, tenía un gran defecto: era muy desorganizado con algunas cosas importantes. Sonrío ahora al recordar eso, pues yo he sido mil veces peor, pero la razón por la cual menciono a Arturo ahora es porque durante algunos años tuve la oportunidad de observarlo en una situación similar a la que vivió mi padrastro.

Arturo se casó con una bella mujer que ya tenía una hija. Pude ver que los primeros años de ese matrimonio tuvieron un problema principal y era la relación entre Arturo y su hijastra. En ningún momento estoy diciendo que el problema era tan profundo y grave como conmigo y mi padrastro o que el matrimonio peligró a causa de ello. Estoy seguro que no. Pero cuando hablábamos del tema con mi amigo, se notaba que él no se sentía del todo bien y que, sin darse cuenta, sufría y sentía ese mismo rechazo que mi padrastro sintió hace más de cuarenta años.

Dejé de ver a Arturo cuando me mudé a otro país y los últimos años de su vida no estuve con él ni supe nada de él. Pero a través de los pocos años que lo vi como tal, sí pude confirmar en parte que no es fácil ser padrastro. Por eso veo ahora que no

pudo ser fácil para mi padrastro entrar a mi vida y sobrevivir en la situación en la cual tuvo que hacerlo.

Por supuesto que eso no excusa las palizas que sufrí y de las cuales mi hermano con el tiempo fue testigo, ni provee explicación por la pornografía que trajo después a mi vida, pero eso es harina de otro costal. En cuanto a ser un padre para mí, él lo intentó, yo lo rechacé y eso probablemente ayudó a provocar en parte nuestro fracaso como familia.

Reconozco ahora que el resentimiento que guardé en contra suya no era justo y por ello pido hoy mil veces perdón. De igual manera, aunque él ya falleció y no tuvimos comunicación los últimos treinta años de su vida, quiero decirle lo siguiente:

“Julio, su situación no fue la ideal. Creo ahora que usted lo intentó pero hubo muchos elementos que no ayudaron y yo fui uno de ellos. Perdón. Gracias por haberlo intentado aunque fuese por corto tiempo. Su intención era buena. De verdad le pido perdón”.

El resentimiento puede tomar muchas caras.

A veces emana de la envidia. Podemos sentir envidia hacia alguien que, creemos, está mejor que nosotros: tiene un mejor

empleo, un mejor carro, una mejor posición económica, obtiene mejores resultados académicos, etc.

La envidia es un cáncer que nos destruye lentamente y que ocasiona que reaccionemos con injusticia hacia quienes nos necesitan. Luego causa que gradualmente culpemos a otros por nuestros errores y haga entonces brotar y crecer el resentimiento, el rencor.

Esto puede a su vez ocasionar otros sentimientos y actitudes de agresividad, apatía, descontento general. Cuando nos preocupamos demasiado por lo que otros hacen o tienen, dejamos de preocuparnos por lo que nosotros somos o podemos llegar a ser. Entonces nos convertimos en peor que prisioneros, pues llegamos a ser esclavos de lo negativo que sentimos hacia aquellos a quienes, tal vez sin darnos cuenta, envidiamos.

Sí, también se puede ser libre de esta prisión. La solución es tan simple que parece extraño que no nos demos cuenta de ello:

Apreciar y valorar lo que somos, lo que tenemos y proponernos llegar hasta donde nosotros queremos llegar sin pensar en lo que los demás tienen o logran.

Ya está comprobado que nuestra potencia cerebral no tiene límites. La diferencia entre el que no baja de 90 y el que no sube de 60 no está en la potencia cerebral de cada quien sino en cómo cada uno de ellos la usa.

Yo recuerdo cuando hacía trampa, envidiaba a todo mundo y vivía manipulando a los demás. Yo era mediocre, actuaba como mediocre y mis resultados eran siempre mediocres. En los años 70 yo perdí varios cursos y varios grados. En los años 90 estudié muchos cursos sin perder uno solo. No es tu inteligencia lo que cuenta sino COMO la usas. Y si el resentimiento no te deja usar tu inteligencia bien, ya es hora de dejar esos sentimientos negativos atrás.

Cuando yo salí de esta prisión y empecé a usar mi potencia cerebral al máximo, obtuve resultados mejores que la gran mayoría.

Dios ya nos dio el talento y la oportunidad. Ahora es decisión nuestra cómo usamos ese cerebro y esa oportunidad.

Soy libre porque lo decidí.



Si tú necesitas ser libre, también puedes serlo desde este mismo instante. Simplemente decídelo.

Olvida lo que te hicieron.

Olvida el resentimiento.

Deja la justicia en las manos de Dios.

Haz lo correcto, lo justo y eso te hará sentirte mejor.

Parece demasiado simple. Pero a pesar de ser simple, ¡funciona!

# Murallas de Arrogancia

La arrogancia en mi vida no puedo contabilizarla en ladrillos, sino en murallas. Así de grande y dañina ha sido.

Creo, sin lugar a dudas que este es uno de los defectos que más nos afecta. Probablemente sea también el que más molesta a Dios. Lo veo en las escrituras, cuando habla del pecado singular de Lucifer, quien no estaba contento con ser tan importante en el reino celestial. Quería estar al mando. Se elevó hasta las alturas más elevadas y se llevó a muchos ángeles con él. Así hacemos nosotros cuando pensamos que somos ya autosuficientes y eso exactamente me sucedió a mí.

Como todos los defectos que llegamos a tener en esta vida, la adquisición de éste fue gradual también.

Empezó cuando yo tenía once años y mi madre me llevó a visitar a una bruja a que me hiciera una “limpia”. Por supuesto que no la llamaban bruja sino “hermanita”.

Entramos en esta habitación donde estaba la señora sentada en el suelo y con los ojos vendados. Había un pequeño fuego de brasas en medio de la habitación y ella me hizo que me parara

sobre el mismo sin quemarme. Luego, tomó unas ramas y me pegó con ellas para “limpiarme” de todas las malas influencias. Dijo varias cosas que no recuerdo, pero lo que sí se quedó en mi mente fue que le dijo a mi madre, “Su vástago es muy inteligente”. Por mi edad, yo no usaba mucho la palabra “vástago” pero sabía perfectamente lo que ella estaba diciendo.

Poco tiempo antes, había sucedido algo similar en la escuela. Los primeros años de primaria yo había estado en la capital. Luego, cuando mi padrastro fue ascendido en el trabajo, nos mudamos a un pueblo del área rural donde estudié los siguientes tres años. Era el quinto grado de primaria y los primeros días transcurrieron de manera normal, simplemente tratando de ajustarme al nuevo ambiente.

Un día, la maestra dejó como tarea estudiar cierta lectura de ciencias naturales. Yo no simplemente la leí sino la memoricé y al día siguiente, cuando la maestra me preguntó en clase, la recité completa. Por lo visto ella no estaba acostumbrada a que alguien se memorizara una lectura completa, porque me felicitó frente a todos y les dijo que eso demostraba que yo no me conformaba simplemente con leer sino que iba mucho más allá de lo que la tarea exigía.

Añadió un ladrillo más a la muralla de mi orgullo.

Eso continuó sucediendo los siguientes años. Hoy reconozco que la inteligencia que Dios me dio es mucha, pero tampoco soy Einstein. Simplemente, más por orgullo que por capacidad cerebral, siempre he tratado de hacer más que los demás y lograr lo que muchos no consideraban fácil. Este deseo de sobresalir probablemente inició como rebeldía infantil contra mi padrastro. Conforme el tiempo pasó, el lograr sobresalir contra otros era una manera psicológica de librarme del yugo del esposo de mi madre.

Desafortunadamente, el sobresalir en algunas cosas que intentaba en esos tiempos me dio poco a poco la idea que era realmente insuperable e invencible. Llegó el momento que me encontré convencido de que nadie en el mundo podía lograr tanto como yo y que era yo en realidad el que lo estaba haciendo sin ayuda de Dios ni de nadie.

Cuando me dieron cierto privilegio en la iglesia a la cual asistía, me convertí en uno de los líderes más jóvenes en su historia. Un poco tiempo antes, me habían nombrado Líder Seccional de Los Angeles, California, en cierto ministerio para jóvenes de la misma ciudad. Había logrado el nombramiento apenas año y medio después de ingresar a la organización, cuando a la mayoría de líderes les tomaba por lo menos cinco o seis años llegar al nivel en el cual yo estaba. Esto añadió a mi orgullo.

El orgullo. Siempre el orgullo.

Sí, Dios nos hizo inteligentes.

Nos dio un cerebro potentísimo que tiene una capacidad increíble. El cerebro de cualquier ser humano normal es capaz de realizar millones de operaciones por segundo, memorizar billones de datos, evocar imágenes de fragancias sentidas décadas atrás, aprender cualquier idioma en el mundo, escribir cientos de libros, etc.

Pero así como te dio tanto talento, te lo puede quitar si tu orgullo es demasiado grande.

A mí me dio una gran lección.

Cuando ya habían sido publicados más de veinte de mis libros, me llamaban para dar conferencias aquí y allá, la gente me reconocía cuando entraba a algún lugar, me llegué a sentir dios sobre la tierra. Lo único que me faltaba era caminar sobre el agua.

Caminaba con la cabeza muy erguida y me sentía superior a todos los que osaban cruzarse en mi camino.

Y entonces vino la bofetada más dura de mi vida.

Bueno, no fue una bofetada, más bien una paliza que Dios me dio muy merecidamente. Yo le llamo “El Síndrome de Nabucodonosor”.

Nabucodonosor era un rey que aparece en la Biblia y a quien Dios le quitó todo por castigo y eso exactamente me hizo a mí. Me quitó todo en el espacio de menos de un año.

En ese momento tenía propiedades en varios lugares, cuentas bancarias, vehículos, etc.

De repente, a través de pésimas decisiones y algunas situaciones fuera de mi control, lo perdí todo. De percibir altos ingresos mensuales caí a recibir CERO y me vi con deudas enormes. Y cuando digo que lo perdí todo, realmente me refiero a todo.

Llegué al punto de robar basura de los restaurantes para poder comer. Entraba a un lugar y si veía una taza con todavía algo de café me lo tomaba y luego iba a pedir “refill” como si era yo quien lo había comprado. Esperaba a que alguien dejara restos de papas fritas o salsa dulce o lo que fuera y eso robaba.

Incluso tuve en ocasiones que dormir en el parque.

Y ahora que años después veo todo lo que pasé, me doy cuenta y estoy convencido que fue debido a mi arrogancia, pues en lugar de agradecer a Dios por todo lo provisto, estaba seguro que era yo quien lo había logrado todo y que todos los demás eran incapaces de lograr tanto como yo.

El problema llega cuando dejamos que el orgullo se apodere de nosotros. Es el orgullo lo que nos lleva a pensar que existen seres humanos que son superiores a otros. El orgullo nos convence que podemos detener el viento. No es cierto.

Bien lo dice la Biblia en Eclesiastés, que tanto el rico como el pobre tienen el mismo fin. Pues así es también con el “brillante” y el “normal”. De nada le servirá la súper-inteligencia al individuo si no está acompañada de un corazón humilde y sincero. Al final, tanto el rico como el pobre, el más inteligente como el menos, estará en la tumba y los únicos que lo recordarán serán aquellos cuyos corazones haya tocado. Si fuiste muy inteligente pero a la vez demasiado orgulloso, serán poquísimos los que te recordarán con aprecio. Probablemente serán solamente aquellos que te deban dinero y ya no tendrán que pagarte.

El orgullo es bueno cuando es bien controlado. Por ejemplo, yo me siento orgulloso de mis hijos, de mi profesión, de todas las bendiciones que Dios me ha dado. Tú también puedes sentirte orgulloso de lo que eres, siempre y cuando no dejes que se te suba a la cabeza.

Es posible que te sientas orgulloso porque

- eres mejor en los deportes
- sabes dibujar bien
- sacas mejores notas que tus compañeros
- puedes tocar instrumentos musicales
- sabes cantar bien

- tienes habilidades para lo manual
- te consideran atractiv@
- sabes vestirse bien
- eres popular
- etcétera

Está bien. No es malo sentirse orgulloso de los talentos que Dios te ha dado, siempre y cuando no empieces a sentirte superior a los demás.

Lo que más se me olvidaba en los tiempos en que me creía superior y autosuficiente, es que solamente Dios puede abrir todas esas puertas y El mismo las puede cerrar. El nos da el talento y las oportunidades que podemos aprovechar o no, pero sé ahora que sin El, nada hubiese jamás logrado.



# La Mentira

¿Cómo llegamos a ser tan mentirosos y manipuladores?

Es fácil culpar a otros. En mi caso llegué a culpar a mis padres de nuevo, pues desde pequeño me enseñaron a mentir.

“Dígale que no estoy.”

“Si me vienen a buscar, les dice que salí.”

“Cuando le pregunten, diga...”

“Si alguien le pregunta, no vaya a decir que...”

El mentir es parte de nuestra vida desde la infancia. Todos los que están a nuestro alrededor mienten, por lo tanto nosotros empezamos a verlo como algo normal. Y cuando llega el momento que aprendemos que la mentira es dañina, ya nos cuesta mucho el dejar el hábito.

Es cierto entonces que la culpa en parte es de aquellos que mienten tanto alrededor nuestro cuando somos pequeños. Pero también es cierto que tarde o temprano aprendemos la

realidad: el mentir lastima, no sólo a nosotros, pues daña nuestra reputación, sino a aquellos que confían en nosotros y llegan a sentirse decepcionados al descubrir que le hemos mentido.

Y sin embargo, continuamos con ese hábito precisamente porque es eso: un hábito que nos cuesta (o no queremos) dejar.

Sabiendo esto, entonces, ya no hay excusa real que valga. Por mucho que queramos culpar a otros, la decisión es nuestra. Cuando llega el momento de decidir decir la verdad, hablar con sinceridad, usar la franqueza o mentir y ya tenemos la madurez necesaria para reconocer esta situación, somos nosotros los únicos responsables.

El problema con la mentira, como con la mayoría de hábitos dañinos, es que llega a ser demasiado fácil. Usamos todo tipo de tretas, trucos y “mentirillas” para manipular a las personas y las situaciones a nuestro antojo. Hacemos esto sin darnos cuenta que estamos cavando un agujero enorme y dejándonos caer en el mismo poco a poco hasta que llegará el momento en que ya nadie, nadie en lo absoluto nos creerá aunque estemos diciendo la verdad.

Y lo peor de todo esto es que llega a ser un hábito tan arraigado que incluso nosotros llegamos a creer nuestras propias mentiras, por increíble que esto parezca. Nos convencemos

entonces que somos simples víctimas de aquellos que no nos creen, que nos atacan, que nos acusan tan injustamente, que simplemente buscan cómo dañarnos aunque jamás les hayamos hecho algo malo... excepto mentirles o manipularlos de vez en cuando.

¡Qué diferencia cuando hablamos y nos conducimos con la verdad! La gente alrededor nuestro llega a confiar en nosotros y se siente bien en estar con nosotros porque sabe que no le estamos mintiendo, que no vamos a tratar de manipularlos, que lo que escuchan de nuestros labios es exactamente lo que estamos pensando, sin propósitos escondidos, sin motivos más allá de ser nosotros mismos. De verdad, ¡qué gran diferencia!

# Mis queridos amigos

El título de esta sección contiene un poco de sarcasmo. La palabra “amigo” viene del latín “amicus” y, según algunos lingüistas, a su vez del vocablo germánico antiguo “frijjo” que significa “ser amado”. El diccionario American Heritage define “amigo” de esta manera:

Una persona que uno conoce, ama y en quien confía.  
(traducción libre del inglés)

He conocido a miles de personas en mi vida. Muchos de ellos dicen, a pesar de que acabamos de conocernos, que son mis amigos. Pero cuando he caído en las peores depresiones, los problemas más profundos, los abismos más negros, han sido poquísimos aquellos que han estado conmigo. Los puedo contar con una mano y me sobran tres dedos.

Y sin embargo, los dizque-amigos llegan a constituir una de las peores prisiones que nos encierran en nuestra vida. Por complacerlos a ellos, nos metemos en problemas. Queremos ser aceptados por ellos, así que hacemos lo que ellos hacen, hablamos como ellos, decimos lo que ellos dicen, aunque no siempre estemos de acuerdo con lo que hacen, piensan o dicen.

Cuando yo empecé a robar en la empresa a los quince años fue para complacer a mis “amigos” del trabajo. Todos ellos lo hacían y yo no podía ser diferente.

Cuando era un tipo mal hablado a los veintitantos años, era porque mis “amistades” de ese tiempo eran peores que yo. Cada vez que me juntaba con ellos aprendía nuevas palabras. Cuando llegaba a la casa después de hablar con ellos, mi familia sabía con quien acababa de estar, pues llegaba hablando con el peor lenguaje existente en la época. Y cuando ellos me criticaban por ser tan vulgar en mi manera de expresarme, yo sentía orgullo. Era igual que mis amigos y eso me causaba placer.

Así que yo imitaba a mis amigos en todo: en su manera de hablar, de vestir, de conducirse, de hacer trampa, de todo. Trasnocaba porque ellos lo hacían. Fumaba porque ellos fumaban. Me emborraché porque ellos se emborrachaban. Vomitaba en cualquier lugar de lo borracho que estaba porque era cosa común en mi círculo de amistades. Enamoraba y manipulaba a cualquier chica que se apareciera frente a mí porque, después de todo, quería ser tan macho como todos mis amigos.

Y era entonces igual a todos. Y entonces, en lugar de amigos, lo que realmente tenía era “cómplices”.

Nunca había puesto atención en las palabras que dicen “Por sobre todo guarda tu corazón; porque de él mana la vida. Aparta de ti la perversidad de la boca, y aleja de ti la iniquidad de labios”.

Esto está en Proverbios, uno de mis libros favoritos de todos los tiempos.

Hay una buena razón para que la Biblia diga esto. Cuando nuestro corazón está lleno de inmundicia, ésta brota por nuestros labios. Pero es necesario darnos cuenta de que imitar el lenguaje y actitudes de nuestros amigos aún cuando sean de lo peor, simplemente nos convierte en cómplices, en títeres sin decisión, sin alma, sin corazón.

Algunas actitudes que casi siempre copiamos de nuestros "amigos" sin pensarlo mucho, aunque nos pueden dañar sin que nos demos cuenta:

- Usar lenguaje obsceno en cualquier situación
- Enamorar a alguien solo para ver "qué conseguimos" aunque realmente no nos interesa la persona
- Hacer trampa
- Mentir

- Manipular
- Usar drogas
- Fumar (El cigarrillo mata tus células cerebrales. ¡Comprobado!)
- Beber alcohol
- Trasnchar (Nuestro cuerpo necesita el descanso natural)
- No cumplir con nuestras responsabilidades en el trabajo o los estudios.

Ayer precisamente, mis hijos (quienes son adultos ya), comentaban que en cierta reunión familiar reciente varias personas estaban hablando de lo que sienten al emborracharse y después vomitar, además de los efectos posteriores del embriago.

¿De verdad te ayuda el copiar las actitudes y hábitos de tus amigos?

A largo plazo, ¿A dónde te llevarán estas actitudes y hábitos?

# La Prisión Principal

Negación.

Esta palabra se usa en psicología, por ejemplo, para describir la situación emocional de aquel que está atravesando alguna crisis pero no quiere admitirlo.

Es muy común en nosotros cuando algo o alguien apunta un dedo en nuestra dirección.

“ Sabemos que estamos mintiendo.

“ Sabemos que estamos defraudando incluso a aquellos a quienes más importamos.

“ Sabemos que cuando la mentira se descubra, posiblemente causará mucho dolor.



“ Sabemos que la pornografía nos quita el tiempo, ensucia nuestra mente, nos hace sentir culpables.

“ Sabemos que las relaciones sexuales sin responsabilidad son un riesgo increíble que pueden resultar en embarazos no deseados, abortos, madres solteras, hijos abandonados, hogares rotos, enfermedades venéreas, etc. Latinoamérica tiene varios países con un altísimo índice de embarazos en adolescentes. Según estadísticas gubernamentales, en Guatemala, por ejemplo, cada año nacen más de cincuenta mil bebés cuyas madres son menores de 18 años.

“ Sabemos que hacer trampa en los estudios nos daña de manera tremenda porque ganamos puntos pero no tenemos el conocimiento necesario para avanzar.

Pero todo eso que sabemos no nos importa. Ya es un hábito. Además, nos decimos a nosotros mismos, probablemente jamás se descubra y, si se descubre, sabremos cómo salir de la situación. O si el problema son los hábitos de hacer trampa, robar, mentir, fumar, beber alcohol, etc., nos convencemos de que "podemos detenernos en cualquier momento si así lo deseamos."

Tratamos de convencernos de que no hay mayor conflicto y que podremos salir del mismo en el momento en que lo decidamos. Pero tardamos lo más posible en decidirlo. Decimos que dejaremos de fumar en cualquier momento, pero no lo hacemos porque nos negamos a nosotros mismos que realmente importe, a pesar de que sabemos del gigantesco daño que nos estamos causando.

Alguien dijo alguna vez, «la verdad siempre sale a relucir». Con el tiempo me he dado cuenta que esto es totalmente cierto. A veces hay personas que no admiten que ya se dieron cuenta que les hemos mentado, pero lo hacen porque les duele nuestra mentira. El mentir lastima, hiere, causa mucha tristeza en aquellos a quienes mentamos y mata el alma poco a poco.

En cambio, hablar con franqueza, con sinceridad, trae tantas ventajas que me pregunto ahora por qué mentamos tanto. Cuando decimos exactamente lo que estamos pensando, hace que los demás confíen en nosotros, pues se dan cuenta que no hay objetivos escondidos en nuestra mente, que pueden depositar en nosotros toda su confianza porque estamos hablando con el corazón en la mano.

Y cuando alguien confía en nosotros y nosotros no defraudamos esa confianza, ¡Qué bien se siente!

Si es el cigarrillo o el alcohol lo que te aprisiona, una vez más piensa en ti. Sabes que cada vez que ese humo entra a tu cuerpo está destruyendo células vitales en tu garganta, en tus pulmones y, lo peor de todo, EN TU CEREBRO.

Antes se pensaba que el tabaco causaba cáncer. Es cierto, causa cáncer.

Antes se pensaba que el alcohol daña el hígado y los riñones. Es cierto, daña esos órganos.

Pero los daños son mucho peores de lo que se pensaba.

Ahora ya se sabe a ciencia cierta que la nicotina y el alcohol atacan las células de tu cerebro, las neuronas.

Cuando fumas, el tabaco ataca primero tu cerebro.

Cuando bebes alguna bebida alcohólica, el alcohol ataca primero TU CEREBRO.

Y si te das cuenta que el cerebro es el órgano más importante de tu cuerpo, pues...

¡Imagínate! Cada vez que yo fumaba un cigarrillo, ¡me ponía más y más bruto! Increíble pero cierto.

Dejé de emborracharme a los 17 años.

Dejé de fumar a los 19.

Si tú no has caído en estas prisiones, evítalas.

Si ya caíste, puedes salir también. Yo pude. Tú puedes también. Si quieres que te ayudemos, habla con nosotros. Nos encantaría ayudarte.

# Liberación

¿Hay solución? ¿Existe alguna manera de salir de alguna o todas estas prisiones que hemos enumerado en esta obra?

Sí.

Hay dos maneras posibles, ambas efectivas dependiendo de ti y de tu manera de pensar y actuar.

Primera: simplemente decidirlo y hacerlo. Reconocer que el hábito nos está haciendo daño y dejarlo. Esto funciona con personas que tienen fuerza de voluntad. La Biblia afirma “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Pero también es cierto que somos carnales a la vez que espirituales, y no todos tienen la fortaleza necesaria para poder dominar la carne por sí solos. A aquellos que sí lo logran, felicitaciones.

Cuando yo tenía 19 años, ya había fumado desde los trece. No fumaba tanto como algunos que conozco, pero sí encendía un cigarrillo de vez en cuando.

Un día me vi al espejo en mi apartamento. Tenía un cigarrillo en la boca. Recuerdo que observé detenidamente la imagen de mi rostro con ese cigarrillo en los labios, fruncí el ceño y le dije a mi reflejo, "¡Qué estúpido te ves!"

No volví a probar un cigarrillo sino hasta veinte años después. Una compañera de trabajo me regaló una cajetilla de cigarrillos. Tomé uno, lo encendí y me lo llevé a los labios. Aspiré una bocanada de humo y me agradó el aroma que inundó mi vehículo. Apagué el cigarrillo, lo destruí y tiré la cajetilla entera. No he vuelto a fumar desde entonces.

Si la pornografía es tu prisión, recuerda esto: en los años 50 los jueces estadounidenses afirmaron que no había ninguna relación entre el crimen y la pornografía. Ahora que la pornografía está tan propagada, se han hecho estudios reales con prisioneros de distintas cárceles del mundo y muchos de ellos son adictos a la pornografía.

Sí, es cierto, aunque lo queramos negar: ver pornografía daña nuestro cerebro porque lo llena de imágenes no reales y nos impulsa a querer hacer lo mismo que vemos. Entonces dejamos que nuestro instinto sexual se apodere de nosotros y nos domine, en lugar de nosotros dominarlo a él.

¿Cómo entonces liberarnos de la pornografía y de otros hábitos que nos estén dañando? Aléjate de aquellos que te lleven a esos hábitos. Luego aléjate de los lugares donde encuentras satisfacción para esos hábitos.

Recuerda esto: «Dime con quien andas y te diré quién eres». Esto tiene un significado profundo y verdadero. Si estás acostumbrado a andar con gente malhablada, serás malhablado. Si te acostumbras a juntarte con gente que fuma mucho, tarde o temprano lo harás tú también. Y aunque no lo hagas, tus pulmones están aspirando todo el humo que ellos expulsan y eso es aún peor para ti.

Si andas con un grupo de ladrones y la policía te detiene junto a ellos, ¿Qué va a pensar de ti? ¿Acaso van a decir «Este sí que es alguien muy honesto, aunque se junte con ladrones, así que mejor dejémoslo ir?» Lo más probable es que también tú terminarás en la cárcel aunque no hayas hecho nada.

Busca compañía de personas honestas, íntegras, que sepan aprovechar su inteligencia para bien, que tengan buenos hábitos. Eso se te pegará a ti y te borraré los malos hábitos que te hayan estado aprisionando.

Segunda Manera de Liberarse.: Reconocer que somos prisioneros, decidir que queremos ya ser libres y buscar ayuda. Esto puede afectar nuestro orgullo, nuestra dignidad, e incluso nuestra reputación. Puede que sintamos un poco de vergüenza al acercarnos a alguien para pedirle que nos ayude a salir de la cárcel que nosotros hemos estado construyendo durante tal vez ya muchos años. Pero es necesario. Si ya nos dimos cuenta que somos prisioneros, entonces el siguiente paso es buscar ayuda para salir de esa cárcel, sea la que sea.

Ahora bien, el pedir ayuda y recibirla puede significar demasiadas cosas distintas, dependiendo de nuestra realidad.

Lo ideal es buscar a alguien que no solamente tenga nuestra confianza sino además la madurez emocional, psicológica y espiritual como para poder ayudarnos. Esto implica tener mucho cuidado en qué decimos y a quien. No todos reaccionarán de la misma manera.

Algunos se asustarán cuando se enteren de las profundidades en las cuales hemos caído y se alejarán de nosotros. Recuerdo que en cierta ocasión yo busqué ayuda en una prima a quien hasta la fecha quiero mucho. Ella decía que quería ayudarme sin importar lo que yo hubiera hecho en el pasado y que confiara en ella. Así que un día al fin, después de dos años que estuvo insistiendo que me quería ayudar, al fin confié en ella y le conté



gran parte de las prisiones que me encerraban. Jamás volví a saber de ella. Su sorpresa y tal vez su miedo fueron tales que se alejó de mí para siempre y de esto hace ya mucho tiempo.

Así que habrá quienes se horrorizarán y nunca más nos dirigirán la palabra. Incluso habrá aquellos que ni siquiera nos creerán. Pero si tenemos ese cuidado de seleccionar a quien le hablamos del tema, lo más probable es que encontraremos el apoyo y la ayuda que necesitamos para ser liberados.

Aquí puedo incluir que lo que más ha funcionado para mí es el acercarme a personas de madurez espiritual, que amen mucho y confíen mucho en Dios. Nada como la tutela espiritual de alguien más fuerte que yo en ese sentido. Doy gracias a Dios por personas tan lindas que ha provisto a través de los años para librarme de tantas prisiones en las cuales yo mismo caí por ignorante, iluso o tonto.

Si ya decidimos liberarnos de la cárcel y hemos descubierto que nos cuesta mucho hacerlo solos, entonces ésta es la opción que nos funcionará: debemos buscar ayuda.

Cuando busquemos esa ayuda, la encontraremos. No en vano afirma Jesús, “Buscad y hallaréis”. Es cierto eso. Si no la buscamos, jamás la encontraremos. Pero cuando la encontremos, es importante utilizarla.

La liberación total es un proceso que a veces puede ser largo y doloroso. Es algo similar a cuando una persona que ha sido drogadicta o alcohólica por muchos años decide “limpiarse”. El proceso es largo y a veces viene acompañado de momentos de duda, de frustración, de marcha atrás, pero lo más importante de esto es no rendirse. Se puede lograr la liberación total.

A través de varias personas muy valiosas para mí, Dios ha estado destruyendo todas las prisiones que durante años, muchos años, prácticamente toda mi vida, me tuvieron encerrado. El proceso continúa, pero siento una felicidad inmensa al ver que ya no soy un prisionero.

Sí, realmente se puede ser libre totalmente.

¿Y tú, ya te diste cuenta que no todas las prisiones tienen paredes? ¿Quieres salir ya de la cárcel?

Hazlo. Se siente lindo ser libre al fin. Sal ya.

Y si tienes alguna consulta personal, escíbeme. Ahora que Dios me ha liberado de prisiones tan horribles, me gusta mucho el poder ayudar a otros a salir de ellas. Mi correo personal es [osodmb@yahoo.com](mailto:osodmb@yahoo.com). Espero me escribas. Me haría sentir bien el ayudarte en lo que pueda. Mientras tanto, felicitaciones por tu decisión de ser libre. Animo, no te rindas.

# ¡No estás sol@!

Hace muchos años, en medio de una de tantas batallas que Dios me ha permitido enfrentar con su ayuda, me inspiró escribir este poema. El mensaje principal del mismo es que no importa cuán dura esté la situación o qué tan sin esperanza me sienta, NO ME RENDIRÉ. Espero te guste.

## “MORIR PELEANDO”

Armando Aceituno

Ha sido un honor  
un privilegio  
avanzar  
y enfrentar  
los enemigos más amargos  
los demonios hambrientos de sangre  
que nos han espantado

y perseguido  
todos los días.

Ha sido tan glorioso  
enfrentar el impacto  
mortal de sus martillos  
y sentir las cortadas  
viles de sus espadas.

Ha sido un honor,  
sí, una responsabilidad sagrada  
ver nuestra sangre  
derramada  
en el campo de batalla  
de entrañas y muerte  
los campos de batalla  
de la tierra, cielo y mar.

Ha sido motivante  
ver nuestro cuerpo  
tan quebrado y golpeado  
tan magullado y lastimado  
en ruinas  
y sin embargo  
que no se quiere rendir.

Sí, ha sido una gloria  
estar en la historia  
y caer y levantarse  
a pelear otra vez  
y luchar por el momento  
cuando nos demos cuenta  
que la batalla ha terminado  
ganada o perdida  
pero nadie puede decir  
nadie se atreva a decir  
que nos hemos conformado

con una pequeña ventaja  
que hemos corrido asustados  
porque en lugar de buscar  
nuestra comodidad  
nos hemos quedado  
en la batalla de verdad  
y para no tener que ver  
una derrota amarga  
o una retirada vergonzosa  
hemos preferido quedarnos  
a soportar  
las presiones y los problemas  
y hemos al fin llegado,  
después de enfrentar  
nuestros enemigos,  
a la victoria.

Pero si no es así,  
si el triunfo no es nuestro,

moriremos peleando.

Sí, moriremos peleando.

Si en algo podemos ayudarte, pues a veces el simple hecho de compartir nuestras cuitas ya representa un alivio, escríbenos a [owinstein@yahoo.com](mailto:owinstein@yahoo.com) y ellos me harán llegar tu mensaje.

Recuerda, no todas las prisiones tienen paredes, pero de todas ellas se puede escapar.